

LUIS MATEO DÍEZ

**EL
LIMBO
DE LOS
CINES**

LUIS MATEO DÍEZ

**EL
LIMBO
DE LOS
CINES**

ILUSTRACIONES DE
EMILIO URBERUAGA

NÓRDICA LIBROS

© Luis Mateo Díez, 2023

© De las ilustraciones: [Emilio Urberuaga](#)

© De esta edición: [Nórdica Libros, S.L.](#)

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57

info@nordicalibros.com

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-19735-49-2

Depósito Legal: M-24847-2023

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

[Gracel Asociados](#)

Alcobendas (Madrid)



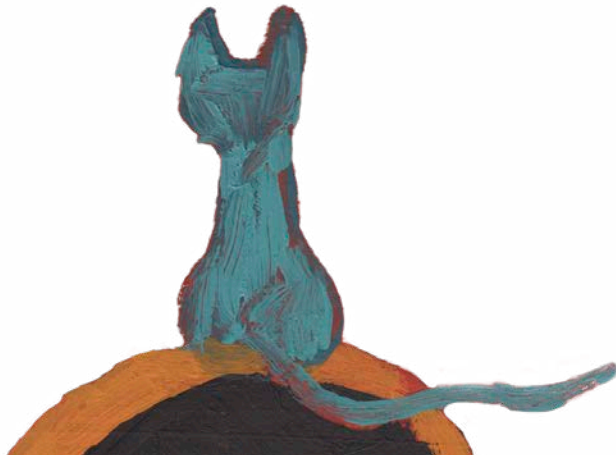
Diseño de la colección: [Diego Moreno](#).

Corrección ortotipográfica: [Victoria Parra](#) y [Ana Patrón](#).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Mónica y Gonzalo Díez,
y para María Val.
Luis Mateo Díez*

*A
Pablo Gajate,
Pilar Heredia,
Manuel Hevia,
Vanessa Lopes,
y, cómo no, a Susana.
A todos por su profesionalidad y afecto.
Emilio Urberuaga*



CRISOL

Fui al cine Crisol, en la triangular de Oceda, perseguido por un guardia de la porra que ya, en anteriores ocasiones, había dado cuenta de mí sin tener que perseguirme, simplemente cogiéndome por el cuello cuando escupía la colilla y atizándome de lo lindo sin precaverme.

Corría por Averzales y Contaminaciones como alma que lleva el diablo. Me paraba en la esquina de Paciencia con el corazón en la boca. Me había llevado por delante al ciego de la esquina de Corteza y a un lisiado que me amenazó con las muletas. Crucé en Desdoro driblando a un taxi que paró en seco ante la farola donde gritaron dos señoras.

No daba más de sí. El corazón en la boca, los pulmones reventados, hasta sentía que me sangraban las varices.

En ninguna película me había visto en otra igual.

El guardia de la porra era tan fuerte como persistente. Recordaba sus guantazos y aún tenía en el cuello las marcas de sus dedos, cuando en otra ocasión me agarró y me dio estopa.

En el cuartel era conocido por sus carreras, tretas y somantas, sin que tuviese la necesidad de una detención o un arresto, con pillar al interfecto y ponerlo a punto le bastaba. Los que más

le temíamos éramos los que peor andábamos, quiero decir quienes arriesgábamos más que los otros, sabiendo de sobra lo que un guardia de la porra puede repartir si se le hinchan los morros o se pone farruco.

Hay películas en las que da verdadera grima.

El cine Crisol estaba más lejos de lo que pensaba, por muchas que fuesen las sesiones continuas o las matinales a las que hubiera ido.

De todos los de Oceda era el menos cuidado, no el más viejo pero sí el más dejado de la mano de Dios, con un patio de butacas lleno de serrín y cáscaras y unos apliques en las paredes sin bombillas y con los cables sueltos.

Me parecía que si al final me faltaba el aliento, porque la triangular se desviara y el Crisol rechazase a un fugitivo de la ley que en la huida estaba perdiendo el ánimo y la orientación, podía pedir asilo en las Conventuales o en los Corolarios, hermanas y hermanos de órdenes consecutivas que tenían iglesias afines mucho antes de la triangular, donde Oceda todavía no rayaba con el hemisferio sur y algunas almas piadosas confesaban por Pascua Florida.

Eso solo sucedía en películas religiosas.

Eran figuraciones propias del canguelo y de lo que la porra del guardia podía proporcionarme, si el desgaste de la carrera resultaba proporcional al cabreo y a lo que su prurito profesional pudiera recabar, con la indignación y la presumible burla.

Todavía me quedaba un último salto en el pavimento de Pasquines, al pie de la avenida de la Tribulación, donde había obras y las zanjas no estaban señalizadas.

Fueron los operarios quienes me advirtieron al verme cruzar como una exhalación, sin que ello impidiera un morrazo y una escocedura. Torcerme el tobillo, rasparme el codo, darme de bruces con lo que podía ser un caldero de argamasa o el mismo botijo con el pitorro roto y la nariz sangrante.

El guardia de la porra no me pudo alcanzar.

A lo mejor los operarios se compadecieron de mí y le indicaron la dirección opuesta, después de asustarse del morrazo y sabiendo que las obras tienen que estar señalizadas en la vía pública si hay un mínimo de respeto a la correspondiente ordenanza municipal.

Estas escaramuzas son habituales en el cine mudo.

Ya veía el Crisol.

Era como una película de navegantes que avizoran el puerto.

El poste de la luz, el tenderete de las golosinas, la valla alledaña que sigue hacia las vías del tren, que son más estrechas según mueren y descarrilan los vagones fuera de servicio, los almacenes del Plantío, la cervecera, el paso a nivel y las primeras casas del barrio de la Cinta, con la embotelladora y el humo de los hornos que sale por la chimenea y huele a ladrillos mojados. La tejera que ya cerró porque nadie quería trabajar el barro.

Un oficio que apenas se ve en las películas.

No las tenía todas conmigo.

La carrera me había desfondado y cuando busqué la billetera en el bolsillo del pantalón la sentí tan mojada como los ladrillos y hasta llegué a avergonzarme pensando que con el miedo de la persecución se me habían escapado unas gotas y no era solo sudor lo que impregnaba los calzoncillos.

Sentir que podía haberme orinado me produjo una sensación penosa, eso que en el cine se parece a la evacuación de un fortín con los heridos en los carromatos y la retaguardia reventada.

Lo que en una película más grima da.

En el Crisol, en la sesión de ventaja, la entrada valía la mitad.

Nadie sabía muy bien el significado de aquella oferta, aunque a todos los espectadores les encantaba la idea y todos preguntábamos si la sesión era de ventaja o había filas de albur o estaba reservado un pasillo para ver la primera de pie y la segunda arrimado, en la sesión continua.

Sabíamos que en cualquier caso existían días de infantiles y familias numerosas, sesiones de féminas, sesiones vermú y descuentos penitenciales en las de cristos y cruces de la Semana Santa, del mismo modo que se retacaban las de reestrenos preferentes en las fiestas patronales y trimestralmente hacían una rifa para tres sesiones de vaqueros o piratas.

La película daba como premio en el sorteo una manta, si era invierno, o un polo si era verano.

De los cines de Oceda el Crisol era el único con tanta variedad de entradas y por eso casi siempre estaba lleno, hasta el punto de que en los días más beneficiados la cola se ajustaba a la valla alledaña del ferrocarril casi hasta la Estación.

Los menos agraciados se quedaban sin entrar, aguardando a que alguien les contara el final de la cinta más exitosa, de la que en la cola se habían hecho todo tipo de suposiciones, algunas muy descabaladas pero otras bastante certeras. No era habitual que alguien se aviniese a contarle, prevalecido de lo que había



visto, excepto algún chaval que ni había entendido la película ni se había enterado de que el muerto era el coronel y no el recluta, sin que la protagonista llorara por quedar viuda sino por verse en la calle, desheredada y sin pañuelo.

En otras películas, autorizadas para mayores, bailaban un charlestón.

La sesión no era de ventaja pero me importó un pimiento. La cola no estaba orientada, y en la taquilla no tenían suelto para darme la vuelta pero tampoco me importó. En otras ocasiones me lo fiaban y algunas veces había falsificado las papeletas de las rifas trimestrales y había visto por el papo y en varias sesiones las mismas de vaqueros que de piratas.

Hasta había bailado un charlestón.

Entré con la cinta ya comenzada o el noticiario en la parte deportiva, que era lo que más me gustaba, sobre todo el lanzamiento de jabalina y de disco, también el levantamiento de pesas y el foso de los saltos de longitud con los árbitros midiendo y un atleta con el tobillo roto.

En la fila del pasillo pude finalmente estirar las piernas.

Los músculos estaban agarrotados, la persecución me había perjudicado mucho.

Hay que tener en cuenta lo que un tullido puede llegar a sufrir en esas condiciones.

Las circunstancias adversas de una carrera sin pista ni aliante, antes al contrario, con un agente de la autoridad que quiere echarte el guante porque se figuró que birlabas algo o, al tenerte ya fichado, no te ibas a ir de sus manos, y mucho menos de la porra, aunque el guardia no tenía galones, eso que se sepa.

Hay películas con menos galones que estrellas.

Me dormí en el Crisol, era lo mejor que podía pasarme.

Un sueño en el que ya no quedaban ni las raspas del vértigo ni de la orina, como si entre los algodones de unas nubes que, al parecer, también se veían en la cinta que estaban echando, aunque las de la cinta eran en technicolor y las mías en blanco y negro, pudiera dormir sin respiración y quebranto, quiero decir sin otras ataduras que las de las alas de algunos de esos ángeles que vuelan como cometas.

Sobre todo si lo hacen sin que les interesen las contricciones ni el uso de razón, que es lo que yo evito cuando estoy cansado y perseguido, sin la mínima intención de contar a nadie el final de la cinta, si es que soy capaz de enterarme yo mismo o el sueño permite que los ángeles me sostengan en el limbo.

El guardia de la porra se había cansado de esperarme.

En los cines, como en las iglesias, no pueden entrar las fuerzas armadas, tampoco ir al limbo, que es donde sobrevivo como espectador en las pantallas panorámicas.

CLARIDADES

A mi amigo Calvero lo mataron en el cine Claridades.

Era un día de noviembre, en la sesión de noche y, aunque caían chuzos, había no menos de media entrada, cosa nada rara ya que en el barrio de Peltro de una ciudad tan animosa y descuidada como Balboa la tercera edad sale a la primera de cambio, y no importa que la cena se haya quedado fría o que los nietos tengan paperas, lo único a tener en cuenta es que quiten ese día la película de la cartelera y se haya llegado a la última sesión con el menor éxito posible, no ya de espectadores sino de gusto.

Lo mataron bien muerto.

Estaba sentado, donde habitualmente lo hacía cuando a la sesión de noche iba solo, después de haber reñido con su novia en la de tarde o, en el peor de los casos, haberle puesto los cuernos en una matinal, cuando ella estaba en la peluquería.

Era en la fila catorce, en el número dieciocho, donde las parejas andaban un poco desperejadas pero los novios se las arreglaban mejor, pues a veces no se percataban de la ubicación y se producía un inesperado cambio que, en las películas hawaianas o de

natación y modistillas, suponía un arrebató muy silencioso y no por improbable menos taimado.

Con ese arrebató se degustaba lo impropio, siendo el agrado lo más productivo de tal impropiedad, muy de acuerdo a los gustos y costumbres del barrio, donde el Claridades hizo tanto por la congestión amorosa, la libertad de costumbres, y el auspicio de las familias numerosas.

Estas conquistas sociales y morales confluían, sin embargo, con bastante frecuencia en los padres donatarios de la iglesia del Pendón de Balboa, donde los que se confesaban se apretaban, en unos y otros casos, tanto ellas como ellos y con la misma compunción, los ombligos.

Pecaban desparejadas en la fila catorce y los donatarios tomaban nota y algunas veces denunciaban a la policía al empresario del cine y le ponían de penitencia estar arrodillado y con los brazos en cruz en el pasillo de la platea.

En las cuatro sesiones de noche anteriores a la muerte de Calvero, cuando el muerto estaba, como digo, en el número dieciocho de la fila catorce, los pares de las parejas desparejadas o restituidas según de lo que tratara la película y, en cualquier caso, que no fuera de enfermos contagiosos, no hubo constancia de las proyecciones, ni en la cabina pudieron dar cuenta de las mismas, ya que las carteleras habían desaparecido y el proyccionista tenía la gripe.

En la sesión de marras, cuando a Calvero circunstancialmente lo mataron, o eso indicaba el muerto espatarrado en la butaca de la fila catorce, hecho un guiñapo, los que habían estado sentados en las butacas alledañas, la dieciséis y la veinte, que es la última de la fila y da al pasillo, no se percataron del homicidio.

Estaban viendo la película tan campantes y, en uno de los casos, el de la dieciséis tratándose de un estudiante de Medicina que ni por asomo pensó en lo que a Calvero le sucedía, llegando en un momento, según recordó luego, a ofrecerle pipas del paquete que estaba consumiendo, y habiendo pasado la jornada haciendo prácticas anatómico-forenses en la clínica Meteoro, la mejor de Balboa en enfermedades parasitarias, donde a los que fallecen los ponen de vuelta y media para sacar conclusiones que avalen o no el diagnóstico y la mortandad.

En la butaca número veinte, junto al pasillo, estuvo una novicia que acababa de huir de las clotildes y pensaba coger un correo de madrugada para volver con la familia, tras haber comprobado que su vocación no era religiosa sino servil, pero no de sierva del Señor sino de sirvienta, a ser posible en casa de un militar con mando en plaza, matrimonio bien avenido y sin hijos.

Ni uno ni otra se percataron de que el muerto estaba muerto.

La novicia había olvidado la maleta en el ambigú del Claridades y cuando volvió a por ella, con el muerto ya levantado judicialmente tras tantas sesiones sin una proyección adecuada, la programación imprecisa y el testimonio de las señoras de la limpieza que, al parecer, habían barrido la fila catorce y bajo los pies de Calvero sin enterarse de la tostada, vino a decir, muy ruborizada, que el espectador de la butaca de al lado se movía y se arrimaba como si estuviera nervioso o quisiera sobrepasarse, aunque visto lo visto no negaba que estuviese expirando, se tratase de un infarto o de una conmoción o un sarpullido.

La novicia dijo que la película de aquella sesión de noche era de villanos.

El estudiante de Medicina había recordado que se trataba de una de sabuesos.

En la programación, que inspeccionó la policía, figuraba una de salvajes.

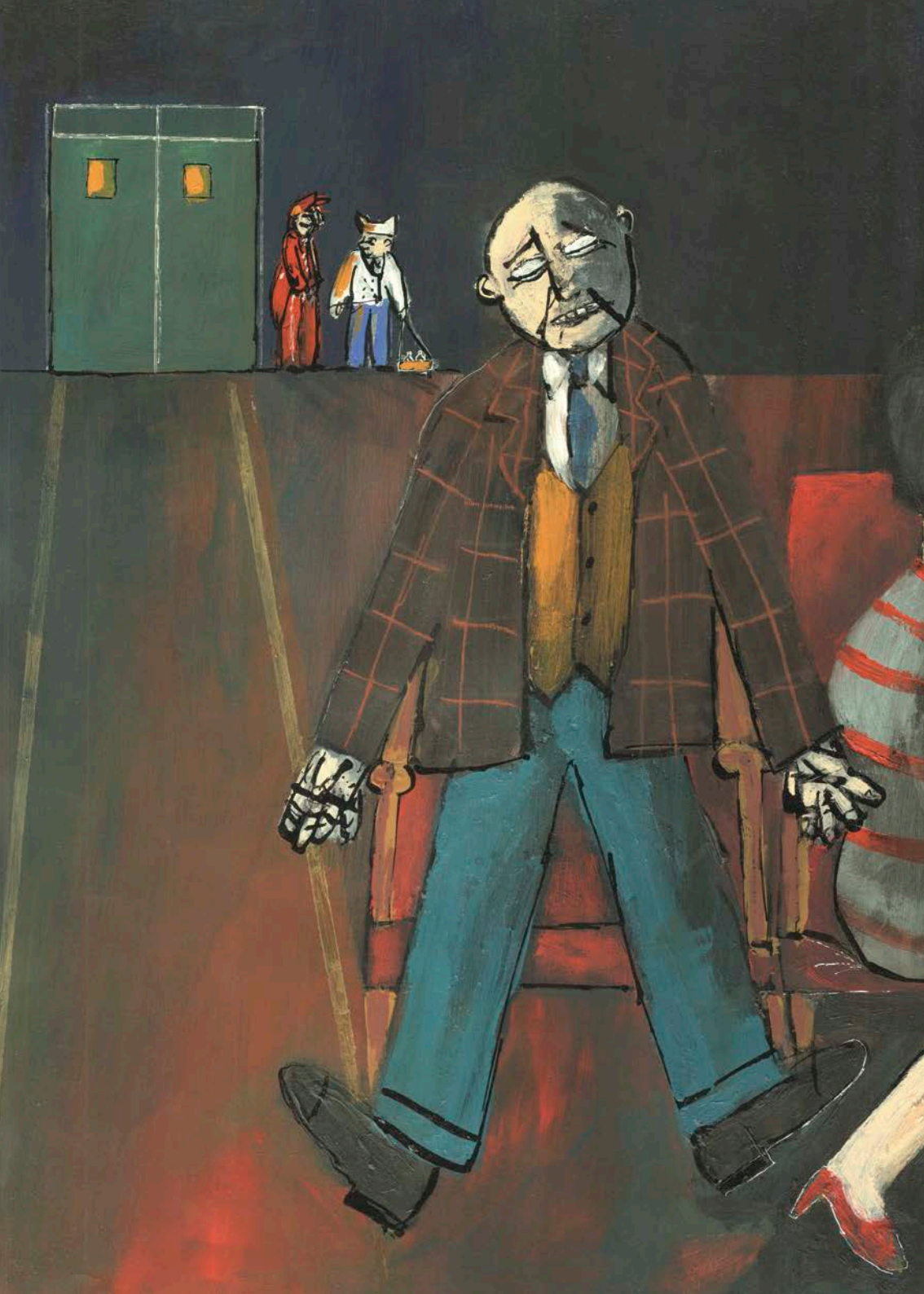
A Calvero lo habían matado sin herirlo, pero no de un susto, eso quedaba claro. Ni estrangulamiento ni degollación, tampoco por herida de bala o puñal, otras armas quedaban descartadas ya que, a pesar de las confusiones de proyección, programaciones y carteleras, con el proyccionista de baja por la afección gripal, sí se sabía que en los últimos meses no se habían echado películas de espadachines, ni de pandilleros, ni de trabucos y dagas. Tampoco de asesinos en serie.

Así perdimos un buen amigo.

Un muerto que no íbamos a echarnos a la conciencia ni a la espalda, ya que no hubo que enterrarlo porque lo incineraron y todos sentimos que se nos quemaban los bronquios, hasta el punto de que algunos deudos decidieron dejar el tabaco. La propia espalda de Calvero estaba muy perjudicada por las genuflexiones y las películas de misioneros, sobre todo aquellas en que los misioneros bautizaban leprosos.

El barrio quedó consternado, el Claridades cerró un día en señal de duelo.

A nadie le agradaba aquella misteriosa defunción y todos estaban extrañados de que se hubiera producido de tal manera, en un local tan frecuentado y con tantas sesiones de asueto y



cordura, tan valiosas para el esparcimiento de la tercera edad, la experiencia de las parejas, como antelación de los regocijos matrimoniales y el alivio de las infancias desaharrapadas.

Muere el que nada pierde, opinó la taquillera, el que menos pagó, el que no quiso alistarse en los tercios de Flandes ni lo pillaron en ninguna redada.

De lo que muere bien lo sabemos todos, aseveró el zambo que regentaba el ambigú del Claridades y que, según supimos mucho después los amigos de Calvero, trajinó al muerto, ya expirado en la butaca, le quitó la cartera y la estilográfica y probablemente se burló de él deshaciéndole el nudo de la corbata.

Otros mueren de lo mismo y nadie se entera, dijo el acomodador alzando los hombros, mueren como pardillos en cualquier caso. Hay filas en la vida que no son de recibo y butacas en las que la cabeza del espectador de la de delante no te deja ver lo que en la pantalla acaba de pasar. Uno menos cuando no se espera, el que se quedó seco, la que se mató al tropezar con la escoba, el que estaba a verlas venir y no se dio cuenta de que en un cine se muere como en un ultramarinos, a veces sin siquiera cerrar los ojos, sin enterarte de lo que va la película o mientras en la tienda están pesándote las legumbres. Calvero, como otros tantos de este barrio, no las tenía todas consigo, y no seré yo quien haga más elucubraciones.

Les quitamos la palabra.

Primero a la taquillera, luego al acomodador, también al zambo del ambigú donde jamás volvimos a consumir, y mucho menos desde que el muy ladino quiso que le abonáramos lo que había dejado a deber Calvero, ni la mitad de lo que tuviese en la

cartera robada y mucho menos de lo que un muerto puede beber en el descanso de las sesiones de noche, cuando ya sabe que el último suspiro está cerca porque alguien va a matarlo y al cerrar los ojos, con el fogonazo del celuloide que apagó la pantalla, es el asesino el que le llama por última vez por su nombre.

BORNEO

En casa de las hermanas Chispa tomábamos café con algunos de los galanes y las actrices de las cintas que proyectaban en el cine Borneo del que era dueño su padre, don Julián y donde su madre, doña Pecata, tenía reservado para ella sola el palco de la platea más cercano a la pantalla.

Don Julián era un señor de barba esmerilada y maneras tropicales. Había nacido en Doza pero se había ido en plena juventud y, al regreso, sin ubicación posible en los años de su aventura migratoria, de la que nadie sabía nada, apenas con la sofisticación austral del Capricornio, una persistente dermatitis, el ojo izquierdo de cristal y la dentadura tan forrada de quilates que le costaba trabajo abrir la boca, se casó con doña Pecata.

Tuvieron a las tres Chispas una detrás de otra y, entre otros negocios y establecimientos, se hizo con el cine Borneo, animado por la esposa que siempre quiso vivir de película, lo que las Chispas heredaron como el mayor anhelo que llenaría sus vidas.

Del Borneo de Doza se hablaba en todas las Ciudades de Sombra, con tanta admiración como envidia.

Era un emporio o un palacio o una sala de ensueño, sin parangón, que de las versatilidades decorativas del africanismo

originario había ido pasando, con todo repulido y a punto, a una estilización modernizadora que en muchas ocasiones conmocionaba a los espectadores.

Sobre todo cuando en algunas cintas veían en la pantalla lo que el propio local destilaba, como si la sala exhalase la misma atmósfera de los decorados y en los actores se percibiera una familiaridad que los alejaba de los papeles que interpretaban y los acercaba, a veces hasta con un guiño o una seña o un incipiente saludo, a quienes en la sesión acataban el embrujo de aquella atmósfera sugestiva y elegante.

Siempre con un negro tocando la mandolina en el artesonado.

Era una sensación que a veces transcendía la mera compaginación decorativa entre las cintas y la sala, como si en los espectadores más privilegiados, aquellos que con mayor intensidad se entregaban a los ensueños en las sesiones preferentemente nocturnas, la sala fuese a la vez el trasatlántico que los llevaba con la algarazara de la fiesta en alta mar, confundidos entre la tripulación y los viajeros, invitados por el capitán a jugar a la ruleta.

O por los jardines reales de una recepción austriaca, donde también había música y baile, sin que las princesas se distinguieran de los invitados de la platea y hasta alguno pudiera bailar con una de ellas, la más parecida a la actriz más guapa, que con algo de suerte podía ser Sisí.

O por el bosque que en la sala se llenaba de caballos y antorchas cuando los secuaces perseguían a un prisionero evadido de las mazmorras donde había sido torturado, que se parecía mucho a quienes contemplaban atónitos su huida desde el gallinero, donde cierta juventud de Doza, la más fantasiosa, llegaba a lo